

## EL AÑO DE LA FE SEGUN LA MENTE DE PABLO VI \*

Luis VARELA, f. s. c.  
*Salamanca*

Vivimos en el siglo de la luz, del laser y de los soles artificiales. Las mismas noches de nuestras ciudades arden con fuego multicolor de luminotecnía. Y, sin embargo, Pablo VI, el pasado 14 de junio se veía obligado a pronunciar estas palabras cargadas de congoja: «¿Serán las tinieblas, al fin, la meta del pensamiento humano, de su inextinguible sed de verdad y de encuentro con el Dios vivo y verdadero?» (19).

Sólo un atento análisis de la crisis humanístico-religiosa que atraviesa el mundo actual puede darnos a entender cuántos son los frentes que han de ser cubiertos con idéntica urgencia: «Algo extraño y doloroso está sucediendo no sólo en la mentalidad profana, arreligiosa y antirreligiosa, sino también en el campo cristiano, sin excluir el católico, y a menudo casi, por inexcrutable "espíritu de vorágine" (Is. 19-14), incluso entre aquellos que conocen y estudian la palabra de Dios» (15).

---

(\*) Para evitar repeticiones incluimos, al final del artículo, la lista de documentos citados, por orden de fecha. En el texto indicamos las referencias a ellos por medio de números volados.

La fe de Cristo, que nos legaron los Apóstoles, se ve amenazada hoy, tanto desde fuera como en el interior de las filas del cristianismo.

### DIFICULTADES EXTERNAS

Ante todo hemos de anotar con Pablo VI aquellas actitudes que socaban la base humana de la fe.

En primer lugar, el *criticismo* a ultranza que, sin darnos cuenta, impugna la actividad mental del hombre moderno en sus diversos campos. «Decae la certeza en la verdad objetiva y en la capacidad del pensamiento humano para alcanzarla» (15). «Se duda de todo en el mundo del pensamiento y por ello también de la religión; y parece que la mente del hombre moderno no encuentra descanso más que en la negación total, en abandonar todo tipo de certeza, todo tipo de fe, como el que tiene los ojos enfermos y no encuentra descanso más que en la obscuridad, en la tiniebla» (19).

La duda se convierte así en la actitud moral y propiamente científica. Y el firme asentimiento de fe, basado en la autoridad, será tachado de inmoralidad o, cuando menos, de ligereza.

No hace falta decir que esta postura va íntimamente ligada con cierto horror instintivo a cuanto va adornado de las notas de permanente, definitivo, transcendental. Es el miedo al compromiso que implica la aceptación de la verdad inmutable reconocida en sí.

De esta actitud fundamental de escepticismo se derivan ciertas notas características del hombre moderno:

— El *concretismo*. El hombre, desprovisto del sostén que le prestaban las verdades y valores inmutables, tiene necesidad vital de agarrarse con todas sus fuerzas a los fines inmediatos y concretos. Lo único que cuenta es lo palpable, lo visible y rarísima vez está dispuesto a luchar por principios no vinculados a intereses inmediatos (21).

— El *experimentalismo*. Fruto de una traslación indiscriminada de los métodos que han provocado el realce actual de las

ciencias positivas. Más que intentar descubrir la verdad, se tiende a modificarla. La pérdida de confianza y seguridad provocada por el criticismo pretende ser subsanada, en cierto modo, por el dato empírico. Se reniega de una autoridad para caer en manos de otra más endeble, que también tiene sus propias fuentes de credibilidad. En el ambiente y, de modo peculiar en nuestros días, en los órganos portadores de la opinión pública busca el hombre la norma de su existencia, la confirmación de que está en el recto camino, si piensa y actúa como los demás. Lo «corriente», lo que hacen todos, es también lo normal y lo mejor. La lectura del periódico se convierte en sucedáneo del examen de conciencia. La estadística sustituye a la teología (25).

— Existe otra nota igualmente típica. Lo que A. Görres acertadamente ha llamado *disipación existencial* (26) y que se delata en la falta de capacidad de vibración y resonancia a las grandes realidades metafísicas. Tendencia centrífuga a sobrevalorar lo periférico y banal, a perderse en los detalles, con olvido de la totalidad y lo fundamental. Como consecuencia inevitable del «concretismo» arriba señalado, el hombre moderno pierde el equilibrio ante la fascinación de lo múltiple, mientras se le escapa lo único necesario.

— Por una paradoja sumamente curiosa el hombre medio moderno, alérgico a la autoridad y a los dogmas, embarcado en el culto a la libertad y a la personalidad, corre el peligro de caer aplastado en el gregarismo, bajo una nueva autoridad en extremo despótica. Víctima de los medios de sugestión y propaganda que le bombardean en todo el mundo, pierde casi por completo su facultad de discernimiento frente a la verdad. «El torbellino de la vida moderna atrae y transforma a los hombres de hoy, los impresiona tanto, los llena de imágenes, de pensamientos, de pasiones, de deseos, de goces, de movimientos, que parece que no tienen ni tiempo ni forma de escuchar el mensaje de Cristo; y si han escuchado algo de él, en la escuela o en la Iglesia, es para ellos un tema tan difícil, tan inconexo, tan aparentemente inútil, que con frecuencia encuentran en él más enojo que alegría, más ideas extrañas que luz de guía para el alma y la vida. Este es, carísimos hijos, el primer obstáculo para esa fe cristiana que tanto nos urge enseñar y difundir» (18).

Estas y otras razones anotadas por Pablo VI: materialismo, temporalismo, negación de cuanto trasciende la ciencia humana, pereza espiritual (9), etc... hacen temer para la sociedad técnica y de masas la desintegración no sólo de la fe, sino incluso de todo sentido religioso y de las mismas energías del alma que han de prestar a la fe su fundamento natural (11).

Ante esta situación nada tienen de extraño el desequilibrio y la angustia que atormentan al hombre de nuestros días, lanzado por una parte hacia las admirables conquistas del dominio de las cosas exteriores, y orgulloso de una conciencia cada vez mayor de sí mismo, pero por otra parte propenso al olvido y a la negación de Dios, Luz central del cosmos, de la vida y del pensamiento (9.11).

### DIFICULTADES INTERNAS

No menos que estas dificultades externas apenas al Papa otras que brotan, por contagio, dentro del seno mismo de la Iglesia.

Difíciles de enumerar, el Santo Padre se hace eco especial: de las opiniones exegeticas y teológicas que llegan a deformar o poner en duda el sentido objetivo de verdades esenciales del cristianismo, autoritativamente enseñadas y siempre creídas por el pueblo cristiano, alterando con ello el sentido de la fe única y genuina de la Iglesia; de la facilidad con que se ponen en tela de juicio aquellos dogmas que desagradan y exigen el humilde obsequio de la mente; o de los pretextos de adaptación de las ideas religiosas a la mentalidad del mundo moderno para prescindir del magisterio eclesiástico, despojar a la Sagrada Escritura de su carácter sagrado, pervertir la especulación teológica y, finalmente, dar al cristianismo una interpretación arbitraria y estéril, totalmente al margen de la tradición y magisterio de la Iglesia. Bajo el nombre de mentalidad «posconciliar» no se esconde muchas veces otra realidad.

Todo esto se ve agravado frecuentemente por la utilización indebida del imponente aparato de los modernos medios de difusión. Atendiendo muchas veces más a lo sensacional que al valor científico se divulgan con extrema rapidez, entre el pueblo, teorías heterodoxas u opiniones que, por su carácter extremo y

avanzado, no está en condiciones de apreciar en sus justos límites. De este modo se contribuye a suplantar la verdad por la moda y el sensacionalismo (4.11.15).

La fe ha constituido siempre un compromiso difícil y arriesgado. Hoy, el cristiano, inmerso en un ambiente de casi total indiferencia, enfrentado a una laicización progresiva que amenaza con el eclipse total de lo sagrado, ha de vivir esta fe en estado de perpetua beligerancia e incomodidad.

La crisis actual de valores religiosos viene determinada por dos factores:

— Por su *extensión*: Que alcanza desde las naciones tradicionalmente cristianas a la legión de nuevos pueblos que se abren a la luz de la civilización y el progreso bajo el signo del materialismo y la desorientación espiritual.

— Por su *profundidad y radicalidad*: La mayor tentación de hoy no es la herejía, que niega una verdad o que pretende el cambio de unos artículos de la fe; la tentación típica de nuestros días es el vértigo de la apostasía total que desemboca en el indiferentismo o el ateísmo. El sorprendente avance de la sociedad tecnológica, falta de la compensación que habían de prestarle la penetración reflexiva y sincera, el oxígeno de la contemplación, lleva irremediablemente a un falso humanismo autosuficiente. La lluvia que antes se resistía a las rogativas de los fieles hoy se produce artificialmente sin oraciones. El milagro de la curación que otras veces no acudió a nuestras plegarias, se lo pedimos hoy con éxito a la medicina... Ciertamente que una sana teología de las realidades terrenas podría dar mucha luz sobre estos acontecimientos, pero el hombre moderno que los contempla perezosamente en pura superficialidad llega más fácilmente a la conclusión de que «Dios ya no es necesario».

Como se recordaba en el reciente Sínodo de los Obispos (23) el dilema más grave de hoy, por lo que se refiere al problema religioso, es este: un humanismo con Dios que ayuda al hombre a realizar su auténtico fin, o un humanismo sin Dios que atrae la ruina del hombre.

## UN MARGEN A LA ESPERANZA

La visión que acabamos de dar del momento presente, por lo que atañe al plano religioso, pecaría evidentemente de unilateral si no hiciéramos constar alguna de sus notas positivas.

Pablo VI, que no ha escatimado palabras para denunciar las actuales desviaciones y peligros, es el mismo que decía a los universitarios italianos: «Existen, sí, muchas cosas deplorables en el mundo que nos rodea; debemos, sí, conservar una clara sensibilidad de los males, de los defectos, de las necesidades de nuestro tiempo... Pero no cedamos a esa fácil tendencia negativa, que nos hace enemigos sistemáticos del tiempo y del mundo en que Dios nos ha destinado a vivir y trabajar. Sepamos ver el bien. Sepamos descubrirlo. Sepamos confirmarlo. Sepamos crearlo» (5).

Especial mención merece el afán de sinceridad y autenticidad que domina en el hombre moderno como una de sus características principales. Esta nota ofrece una base en extremo valiosa para el diálogo con la Iglesia, constituye una exigencia para que la misma Iglesia se descubra más y más a sí misma encarnada y abierta al mundo de hoy, purificada de muchos lastres y oropeles. El hombre moderno, en un buen sector, tiene avidez de que le muestren la faz de Cristo, en sus rasgos esenciales, liberada de todo disfraz.

Amplias minorías del cristianismo son conscientes de su estado de adultez y reclaman para sí un margen de iniciativa, una tarea responsable y activa en el servicio del Reino de Dios; dispuestos a todo para salvar un bache de siglos e integrar el cristianismo en la vida.

La gracia de Dios que nunca permanece inactiva, da pruebas de su presencia en estos cristianos y abre nuestros corazones a la esperanza de un futuro mejor.

También al presente la Iglesia da muestras de sorprendente vitalidad: «El rostro de la Iglesia, desfigurado por la negación y la adversidad, se presenta extraordinariamente vivo. Quizá nunca como hoy ha estado la Iglesia en igual tensión de pensamiento, de actividad apostólica, pastoral, misionera, caritativa; quizá nunca como hoy la Iglesia ha estado intencionalmente presente en el mundo, con la voz de sus principios, con la dedicación de

sus servicios, con la declaración de su amor; y quizá nunca como hoy su antiguo y discutido mensaje evangélico ha aparecido lo que es, luz del mundo. La Iglesia está magníficamente viva, en su humildad y en su comunión interior con la raíz de su eficacia: la Palabra de Dios y la gracia del Espíritu que lleva consigo» (9).

Pero esto no quita para nada el calificativo de «tremenda gravedad» que Pablo VI aplica al momento actual (15).

El mundo atraviesa una tremenda crisis de valores y el Papa, con su habitual sentido práctico, no ha dudado en tomar ocasión del XIX Centenario del martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo, para desencadenar con todas sus fuerzas la contraofensiva del «Año de la Fe», tendente a solucionarla.

#### EL LLAMAMIENTO DEL PAPA

En su memorable exhortación apostólica del 22 de febrero de 1967 (11), hace Pablo VI a la cristiandad una petición que califica de «sencilla y grande»:

«Nos os rogamos a todos, hermanos e hijos nuestros, que queráis celebrar la memoria de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, testigos con la palabra y con la sangre de la fe de Cristo, con una auténtica y sincera profesión de la misma fe, como la Iglesia, por ellos fundada e ilustrada, la ha recogido celosamente y autorizadamente la ha formulado».

Las afirmaciones de la «teología radical» de que el nombre de Dios, a fuerza de usarlo indebidamente, ha quedado vacío de sentido, no está desprovista de algún fundamento.

El dios «burgués», el dios «tirano», el dios «fontanero», del que sólo hay que acordarse para reparar averías; el dios «comodín», para camuflaje de nuestra indolencia; el dios «caramelo», de la imaginería industrial... y, de modo especial, el dios «jánico», de las dos caras del cristiano inconsecuente, son otros tantos ídolos que se amparan a la sombra del santuario del Dios verdadero.

Frente a la postura de los teólogos de la «muerte de Dios», que nos dicen que si el concepto de Dios ya no nos sirve para nada, debemos prescindir de él, Pablo VI nos pide simplemente

un retorno *auténtico* y *sincero* a la fe los Apóstoles. Este será el único medio de salvar a Dios de la jungla de los ídolos.

Las cualidades que han de adornar esta profesión de fe se nos indican a continuación:

— *Individual y colectiva*: Fe que nace del compromiso y respuesta personal, pero que tiene su apoyo y resonancia de tipo social. La fe del hijo de Dios en el Pueblo de Dios. La fe del ciudadano vivificando las estructuras y los organismos sociales.

— *Libre y consciente*: Pasaron los tiempos de las conversiones en masa. En una sociedad del pluralismo religioso sólo la fe libre y conscientemente abrazada, en toda su responsabilidad, tiene garantías de subsistir. Los fenómenos de la emigración, el turismo, intercambio universitario, diálogo interconfesional..., nos han dado las primeras muestras de ello. Aquí un toque de alerta para la enseñanza religiosa, tantas veces adormecida en un mar en bonanza, o amparada en la rutina de una práctica religiosa universalmente admitida.

— *Interior y exterior*: Siempre ha sido una aspiración de los enemigos del cristianismo el convertir la religión en asunto íntimo y privado, en reducirla a los estrechos límites de la sacristía. El lenguaje del Evangelio es muy otro. Cristo ha venido a traer fuego a la tierra, para que arda (Lc. 12, 49). La luz no está hecha para esconderla bajo el celemin, sino para colocarla en el candelero (Mt. 5, 15)... Si algo pide al cristianismo el mundo de hoy es el testimonio de la vida.

— *Humilde y franca*: Humildad que procede del reconocimiento de nuestra flaqueza e incapacidad, y de la conciencia de que la fe es un don inmenso recibido sin merecimiento alguno de nuestra parte. ¿Qué título tendríamos para vanagloriarnos ante aquellos que no han recibido este don? Humildad, que supone servicio a la fe, no servirse de ella. Franqueza, que nace de la gratitud por este don inmerecido. Ocultarlo sería traición. Humildad y franqueza, dos notas que se equilibran perfectamente y que traslucen en el cristiano la frescura de la Buena Nueva y le abren todas las puertas. Con ellas la profesión de nuestra fe quedará perfectamente situada, tan lejos del triunfalismo como del apocamiento.

— Finalmente, el Papa desea que esta profesión de fe brote de lo más íntimo del corazón de los fieles, resonando, idéntica y amorosamente, para resolverse en un gran acto de fe de toda la Iglesia: «Queremos vislumbrar en este aniversario la feliz ocasión que la Divina Providencia ofrece al pueblo de Dios para que adquiera una exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla».

### LA FE QUE SE NOS PIDE

Pablo VI, hemos visto, pide a la Iglesia y a los cristianos adquieran conciencia exacta de su fe. Sólo partiendo de esta toma de conciencia podrán purificarla y vivificarla de día en día.

Pero ¿qué es la fe? Como los guijarros de río las palabras se gastan y transforman. ¿Cuál es la fe que nos pide el Papa?

No es un vago sentimiento religioso. Ni tampoco una postura convencional amparada en unas costumbres, montada en torno a ciertas verdades cristianas mal comprendidas y poco practicadas; fe en último término incoherente con el resto de la vida.

Para Pablo VI la fe es pura y simplemente, «la respuesta al diálogo con Dios, a su Palabra, a su revelación. Es el "sí" que permite al pensamiento divino entrar en el nuestro; es la adhesión de nuestro espíritu, entendimiento y voluntad a una verdad que se justifica no por la evidencia directa, científica, como se dice, sino por la autoridad transcendente de un testimonio al que no sólo es razonable adherirse, sino íntimamente lógico, por una fuerza extraña y vital de persuasión que hace el acto de fe en extremo personal y satisfactorio... Es una actitud de alma, una virtud que tiene sus raíces en la psicología humana, pero que deriva su validez de una acción misteriosa, sobrenatural, del Espíritu Santo... Es un acto a la vez de convicción y confianza que afecta a toda la personalidad del creyente y compromete ya toda su forma de vivir...; es su elección más personal, más íntima, más caracterizadora, más decisiva; es el paso con que el fiel cruza el umbral del Reino de Dios y entra en el sendero de su destino eterno» (16.20.21).

Pablo VI nos recuerda dos vertientes de la fe, que conviene distinguir si queremos evitar equívocos lamentables.

— La *fe como acto subjetivo* que expresa nuestra adhesión a Dios, la fe personal, «creyente».

— La *fe objetiva*, «creída», que expresa el objeto o contenido de nuestra adhesión (18).

La primera, como acto vital, es totalmente individual e intransferible. La segunda, muestra el punto común hacia el cual han de converger los actos individuales de los fieles en busca de una perfecta adecuación.

Hasta bien entrada la Edad Moderna se insistió principalmente en el aspecto objetivo de la fe, con cierto olvido de las condiciones subjetivas y personales del acto de fe. Fueron los siglos de las herejías y los anatemas, de las guerras religiosas, de los autos sacramentales y de las conversiones y apostasías en masa, más o menos violentadas.

Hoy, sumidos en un ambiente típicamente subjetivista, insistimos principalmente en el aspecto personal. Los análisis en torno al acto de fe y sus condicionamientos se suceden sin interrupción en los catálogos bibliográficos. La fe es la opción vital y libre por excelencia. Con el Vaticano II la libertad religiosa ha adquirido plena madurez. Las posiciones católica y protestante se aproximan hasta límites insospechados en la concepción de la fe, no como un mero acto del entendimiento en la admisión de ciertas verdades o la simple confianza en la aplicación personal de la redención de Jesucristo, sino en una adhesión vital y plena de la persona con todas sus facultades y operaciones al mensaje y a la persona de Jesucristo. La revelación cristiana presente de modo especialísimo en la persona de Cristo, en su Palabra, dice Pablo VI: «Hay que aceptarla por fe, hay que creerla; no sólo hay que conocerla, sino aceptarla con el acto vital y total de la mente y del corazón» (13).

Pero también es cierto que hoy nos acecha otro peligro. El peligro de que la insistencia en el *acto* personal de la fe nos haga olvidar el *objeto* y el contenido de la fe. «Fe no es sólo el acto con el que creemos; es también la doctrina en la que creemos» (16).

El acto de fe es totalmente individual e intransferible, pero el contenido de la fe ha de ser sustancialmente único e idéntico para todos los cristianos, de todos los tiempos y lugares. La li-

bertad de la fe no se aplica del mismo modo a la fe considerada subjetiva y objetivamente. «La fe es libre en el acto que la expresa; no es libre en la formulación de la doctrina que se expresa cuando ésta ha sido autoritariamente definida» (18).

Gran peligro de nuestros días en querer reducir la fe a mero sentimiento religioso por el cual intentamos ponernos en contacto con Dios, prescindiendo de todo intermediario y de todo cuerpo doctrinal. Pablo VI sale enérgicamente al paso de esta postura al afirmar: «No creáis tener fe sin adheriros al contenido de la fe, al "Credo"» (18).

En pocos puntos insiste tanto Pablo VI en sus discursos como en la desconfianza hoy reinante hacia los dogmas y el Magisterio de la Iglesia (8.12a.19).

Quien pretende hacer del acto de fe un comportamiento estanco, totalmente al margen del depósito de la Revelación celosamente conservado por la Iglesia:

— Aniquila la fe misma y se construye un sucedáneo a su medida, que nada tiene que ver con la fe. «La fe, sin magisterio de la Iglesia, resulta aparentemente fácil, porque cada uno se la modela como quiere, pero pierde su autenticidad, su seguridad, su verdadera verdad y, por ello, su urgencia de ser comunicada a los demás, se convierte en opinión personal» (8).

— Olvida que la fe es un don y un testimonio de Dios, que podemos aceptar o no, pero en modo alguno alterar a nuestro talante. Con razón hace vigente Pablo VI la acusación que San Agustín dirigía al maniqueo Fausto: «Vosotros, que del Evangelio creéis lo que os agrada y no lo que os desagrade, creéis más bien a vosotros mismos que al Evangelio» (22).

— Ignora por completo la ley de la Encarnación que vige en la actual economía salvífica, según la cual Dios ha querido que, por maravillosa acción de su bondad, los dones sobrenaturales se nos confiriesen mediante instrumentos humanos: «Por ello, honrando el magisterio jerárquico de la Iglesia, honramos a Cristo Maestro y reconocemos ese maravilloso equilibrio de funciones que El estableció para que su Iglesia pudiera perennemente gozar de la certeza de la verdad revelada, de la unidad de la misma fe, de la conciencia de su auténtica vocación, de la humil-

dad de saberse siempre discípula del Divino Maestro, de la caridad que la compagina en un solo cuerpo místico organizado y la dispone para testimonio seguro del Evangelio» (12.8).

La fe no es una fuente de dispersión sino principio de cohesión en la Iglesia de Dios: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un Dios y Padre de todos» (Ef. 4, 5, 6). Pero esta fe unificante y salvadora sólo podremos alcanzarla adhiriéndonos con todas nuestras fuerzas al «depósito» de la revelación confiado a la Iglesia y por ella transmitido de modo infalible (4.18). «La verdad religiosa que se deriva de Cristo no se difunde entre los hombres de manera incontrolada e irresponsable; necesita de un canal exterior y social, exige un magisterio autorizado, y sólo con la ayuda de este servicio (la variedad en la verdad) conserva su unívoco significado divino y su valor salvífico» (22).

Para algunos espíritus inquietos es difícil comprender este sentido unificante de la fe y llevados de un falso ardor ecumenista quieren prescindir de aquellas verdades de la fe respecto a las cuales los acatólicos se muestran discrepantes. Pero ¿qué clase de unidad se lograría de este modo? ¿Tendrá que ser un hermano separado el que venga a decirles que la *caridad* ecuménica ha de ir a la par con la *verdad*, sin que ninguna de ellas pueda exigir la inmolación de la otra? Es cierto que la verdad no halla su plenitud de expresión sino en la caridad que busca la unidad, pero la unidad no podrá construirse sólidamente más que en la verdad aceptada de común acuerdo (24.1.18). «El ecumenismo no es simplismo, no es irenismo superficial y olvidadizo de las instancias intrínsecas de la verdad religiosa» (10).

## NUESTRA RESPUESTA

El motivo de la elección de la fe como centro de nuestros esfuerzos en este año conmemorativo queda bien patente si consideramos, con Pablo VI, por una parte, que la fe «es el principio de nuestras auténticas relaciones con Dios» (20), la «base indispensable de nuestra salvación» (4), el presupuesto de todo apostolado (20), el «fundamento de la unidad de la Iglesia» (4), nuestro primer deber ante Dios, ante la Iglesia y ante el mundo (20); y

tenemos en cuenta, por otra, las dificultades que se alzan contra este supremo valor que da sentido a nuestra vida. Con razón se pregunta el Papa: «¿Vale la pena de vivir si no tenemos razones suficientes para vivir?» (21). La ola de suicidios que anega a ciertos países superdesarrollados puede ser una trágica respuesta a esta pregunta.

Coloquémonos, pues, en el terreno de la práctica y consideremos cuál ha de ser nuestra respuesta a tales imperativos:

### **A) La fe, don de Dios.**

#### *Oración.*

En primer lugar, nos recuerda Pablo VI que la virtud de la fe es un don de Dios que se nos concede por el Espíritu Santo. Algo que no se puede alcanzar por el simple esfuerzo de la inteligencia humana. Que por sobrepasar nuestras fuerzas, ni podemos adquirir, ni conservar, ni aumentar directamente por nosotros mismos. De ahí la necesidad de la plegaria humilde, llena de agradecimiento y amor al Autor de la gracia; una oración generosa en la que quepan todos los hombres (20).

### **B) La fe, acto vital del hombre.**

Ciertamente que la fe es un don de Dios, pero también es, al mismo tiempo, acto vital del hombre, asentimiento, aceptación y adhesión en la que la libertad se ejercita al máximo, siempre bajo el dominio de la gracia.

De este aspecto de la fe se derivan ciertos deberes:

#### a) *Purificar y profundizar la fe.*

«La fe requiere, sí, una libre adhesión; pero precisamente por eso exige una reflexión ponderada y viril. El uso de la libertad no es un juego de segunda categoría. Define al hombre en su grandeza y en su destino» (20). La fe adulta requiere, por tanto, conciencia clara «de los términos en que se plantea el problema

de la fe, bien con respecto a las verdades que se han de creer o bien con respecto al acto espiritual, lógico, psicológico y moral que se nos exige para creer» (20). En una palabra, requiere todo aquello necesario para que nuestra fe, en cuanto acto subjetivo comporte una adhesión más plena, libre, consciente y responsable, despojada de toda ganga de superstición, gregarismo, hipocresía, intereses bastardos o presiones sociales; todo aquello imprescindible para que, dentro de los límites de la creaturalidad, nuestro conocimiento de la verdad revelada, objeto de nuestra adhesión subjetiva, sea cada vez más pleno. «Siempre es un deber el profundizar en el conocimiento de lo que la fe nos presenta de forma oscura, implícita, inicial... "La fe es la base de lo que se espera" (Heb. 11, 1), es decir, está encaminada a una próxima revelación, vigilante, en continua espera escatológica; y si realmente es acogida en el corazón del creyente, lo obliga a un estado de ánimo de perenne expectativa, de búsqueda insomne» (6.13.15).

Conviene hacer notar a este respecto, que el objeto de la fe no puede cambiar con el tiempo, pero lo que sí está abierto a continuo progreso es nuestra comprensión, adaptación y profundización en este mar insondable de la vida divina (3).

Una fe mal ilustrada puede ser fácilmente accesible a la tentación de la pereza espiritual, del inmovilismo formalista e incluso experimentar la náusea de una seguridad carente de todo riesgo y dinamismo. ¿Acaso no posee todo lo necesario para salvarse?, ¿no está en posesión de la verdad?, ¿el magisterio de la Iglesia no le pone a salvo de toda posible desviación?, ¿no puede acusarse al católico de que «no estudia, no busca, no sufre, no experimenta el sublime tormento de la duda, de la tentativa, del continuo movimiento espiritual?» (6).

Pablo VI sale certeramente al paso de estas sospechas indicando brevemente dos razones principales: «La seguridad de la fe garantizada por la Iglesia Católica no debe dejar inerte al espíritu en la búsqueda y en la profundización de la verdad, que la fe nos hace percibir. Por dos motivos: primeramente, porque no siendo las verdades de la fe evidentes por sí mismas, sino aceptadas por la autoridad de Dios revelador y acogidas en nuestro espíritu mediante un acto de voluntad, exigen un continuo ejercicio al alma creyente para mantener vivo y sincero el acto

de fe, y esto tanto se puede decir del fiel estudioso y contemplativo, que ejercita y adapta sus facultades para mejor disponerlas al acto de fe, como del hombre moderno cuya educación mental en ningún modo le inclina a creer, por estar plenamente inclinado a ver, a saber por vía de la evidencia y de las pruebas racionales. Y, en segundo lugar, porque las verdades de la fe son abismos que nunca terminaríamos de explorar» (6.13).

Tanto desde el punto de vista de la investigación teológica como de la aplicación pastoral, esnobismo e inmovilismo reaccionario son dos casos típicos de fe superficial sin raíces profundas en la Revelación y en la vida de la Iglesia.

Ha sido tentación psicológica de todos los tiempos el hacer del enfrentamiento a alguien o a algo imperativo indispensable para poder afirmarse a sí mismo. También ha sido esto muchas veces realidad en el campo religioso. Hoy, ante el signo de los tiempos de la apertura de la Iglesia al mundo, a todos sus valores, a todo cuanto de positivo se encuentra en las diversas confesiones religiosas, la fe ha de caminar más por el camino del conocimiento y afirmación de sí misma, que por la negación y contradicción de los demás. De aquí una urgencia especial para el profundizamiento y vitalización de nuestra fe, si no queremos naufragar en el mar del indiferentismo o hacer estéril nuestro apostolado (18).

De aquí el cálido llamamiento de Pablo VI a los escrituristas, teólogos, predicadores y catequistas para que contribuyan con el magisterio eclesiástico a la purificación, profundización, explicación y divulgación de la verdadera fe, especialmente en este año conmemorativo de los apóstoles Pedro y Pablo (11); y la exhortación a todos los fieles para que acojan con amor la instrucción de la Iglesia a través de sus dogmas, su liturgia y las publicaciones doctrinales debidamente autorizadas (18).

b) *Vivir la fe.*

Pero la fe, revelación de la vida de Dios, aceptación y adhesión a la misma, nada tiene que ver con la mera y fría adquisición científica de una verdad histórica, sino que es un acto singularísimo en que interviene y se compromete toda la persona. De

ahí la necesidad de vivir la fe. No en vano el Vaticano II nos recuerda que «el divorcio entre la fe y la vida de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo» (2). Divorcio totalmente contrario al deber que tiene el cristiano de difundir el vivo testimonio de Cristo, en virtud de su participación en la misión profética del Salvador (1).

El «primero y principal» testimonio a que está obligado el cristiano, renovado por el Concilio, es el de una vida verdaderamente cristiana. Forma maravillosa de irradiar la propia fe, sin necesidad de discursos ni exhibiciones espectaculares (7). Esta es la predicación que el mundo de hoy, desengañado por tanta palabra y promesa vana, está más dispuesto a recibir y aguardar a cada paso de nosotros cuando nos pregunta con sus ojos «¿tú crees?» (20).

Entre la fe y el testimonio media tan íntima relación que constituyen a los ojos del Papa un índice mutuo: «Dar testimonio de Cristo con la propia vida indica, ante todo, una adhesión plena y firme a su Palabra y a su Iglesia, es decir, indica una fe fuerte y nutrida, personal y amada. ¿Qué sería un testimonio sin esta premisa esencial? Es preciso coherencia con Cristo: la fe. Y luego una segunda coherencia, con nosotros mismos: la práctica de la fe. El testimonio exige coherencia entre el pensamiento y la acción, entre la fe y las obras. Este es el testimonio de la conducta propia, es decir, de la forma particular con que el cristiano da estilo, forma y ley a su propio modo de actuar y de juzgar» (7).

Este testimonio que nos pide la Iglesia, entendido como el compromiso y coherencia de nuestra vida con la fe, está al alcance de todos y a todos obliga, pero no por ello deja de implicar, como advierte el Papa, un peligro, un riesgo y un atentado contra la propia tranquilidad e incolumidad. Máxime en tiempos del frigorífico, la televisión, la lavadora automática y demás adelantos técnicos, en que la máxima comodidad se ha convertido en la gran aspiración de la mayoría. No queremos afrontar molestias y gravámenes por causa de nuestras ideas; preferimos vivir a cubierto de críticas y peligros, y por ello nos resulta más atractivo adherirnos sin esfuerzo a la opinión general o dar la razón al más fuerte; y si alguna vez nos lanzamos a la defensa de algún

principio, ha de ser bajo el señuelo del utilitarismo inmediato (21).

Para vencer este punto de inercia y capacitar al cristiano para correr este singular riesgo de la fe, Pablo VI le exhorta a actualizar en sí mismo la concepción militante del cristianismo, su condición de soldado, aspirante a la santidad, comprometido en el testimonio de su fe (14), y a que —incluso en caso de afrontamiento o conflicto— sepa valorar la adhesión a Dios por la fe, y las exigencias que comporta, por encima de su propia existencia mortal (21).

El hacernos conscientes de nuestras dificultades, de nuestros riesgos, de nuestras exigencias, de nuestras posibilidades; el ayudarnos a establecer con todos estos elementos la debida escala de valores; el infundirnos el optimismo de la lucha y la confianza en la asistencia de Dios, «nuestra Roca», es precisamente una de las principales misiones del «Año de la Fe».

Junto a este primordial deber de manifestar la fe en la vida Pablo VI nos recuerda también el de profesarla explícitamente: «Hay que profesar la fe. En debida forma, se entiende, la cual no excluye, antes exige moderación, tacto y prudencia. Pero está el hecho de que la fe interna debe hacerse externa en determinadas circunstancias y maneras: por el honor de la misma fe, es decir, de Cristo y de Dios; por la coherencia y vigor de la personalidad del creyente y por el testimonio a los hermanos y al mundo» (21.11). Y dentro de esta perspectiva nos pide como práctica, que debemos cuidar especialmente en este año, «la confesión sincera, y frecuentemente comunitaria y litúrgica, de nuestra fe por medio del "Credo", testimonio de la unidad de toda la Iglesia» (11).

Finalmente, el Papa nos recuerda el deber apostólico y misionero que incumben de una u otra manera a todos los cristianos. «Todos los cristianos tienen el deber en común de ganar a todos los hombres para Cristo. La Iglesia entera está empeñada en este servicio en favor de toda la Humanidad. Por el bautismo habéis sido incorporados al pueblo de Dios. Debéis, por tanto, frente a vuestras hermanas y hermanos cristianos, ser la «luz del mundo», la «sal de la tierra», la «levadura de la masa» (17). Pero al mismo tiempo nos precave de la falsa ilusión de obtener mayor éxito a

cuenta de una mutilación del depósito doctrinal de la Iglesia: «No penséis revitalizar la vida religiosa o atraer a los alejados, minimizando o deformando la doctrina precisa de la Iglesia» (18). Por mucho que progrese la elaboración teológica siempre quedarán en el dogma católico misterios y verdades que nos sobrepasan. Pero también, precisamente en ellos, resplandece la huella salvadora de Dios, la lucecita capaz de atraer a todas las almas generosas.

### CONCLUSION

El enorme desarrollo de los últimos decenios hace pasar a la humanidad por una profunda crisis. Crisis de carácter universal. No se puede hablar de zonas de excepción en un mundo en el que, gracias a los medios modernos de comunicación, todos somos vecinos.

Como en todas las crisis de crecimiento, en la presente se esconden valores insospechados que hay que saber entrever, cultivar y salvar a toda costa. Pero sobre estos valores pesa el riesgo de la desorientación, con todas sus consecuencias. En estos momentos difíciles, en que el mundo busca un norte y una luz que le alumbre el camino, cada cristiano ha de acordarse de que es portador de una partecita de la luz que Cristo ha traído al mundo (Mt. 5, 16). Esconderla, disimularla, en lugar de difundirla por todas partes, constituiría una traición a los hombres, sus hermanos. Por ello, Pablo VI en este «Año de la Fe», nos responsabiliza a todos del mañana que se está gestando: «La vida religiosa puede estar expuesta a tremendas pruebas en la generación próxima si no la sostiene una fe genuina y fuerte. Por eso exhortamos a todos a fortificarla y a vivirla» (19). A cuantos tienen en sus manos la formación de la juventud van dirigidas, de modo especial, estas palabras. ¿Caerán en el vacío?

## CONCILIO VATICANO II

1. *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, n. 12.
2. *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, n. 43.

## PABLO VI

3. *Alocución en la Audiencia General*, del 7-IX-1966. «Ecclesia», n. 1.308, p. 2.207.
4. *Audiencia General*, 30-XI-1966. «Ecclesia», n. 1.320, p. 2.631.
5. *Discurso al Congreso Nacional de la Federación Universitaria Católica Italiana*, 6-XII-1966. «Ecclesia», n. 1.321, pp. 2.679 ss.
6. *Audiencia General*, 7-XII-1966. «Ecclesia», n. 1.322, p. 2.713.
7. *Audiencia General*, 14-XII-1966. «Ecclesia», n. 1.322, p. 2.715.
8. *Audiencia General*, 11-I-1967. «Ecclesia», n. 1.328, p. 177.
9. *Discurso al patriciado y a la nobleza romana*, 14-I-1967. «Ecclesia», n. 1.327, pp. 149-151.
10. *Audiencia General*, 18-I-1967. «Ecclesia», n. 1.327, p. 141.
11. *Exhortación Apostólica en el XIX Centenario del Martirio de los Príncipes de los Apóstoles. Anuncio del Año de la Fe*, 22-II-1967. «Ecclesia», pp. 293-297.
12. *Audiencia General*, 22-II-1967. «Ecclesia», n. 1.332, p. 337.
- 12a. *Audiencia General*, 7-III-1967. «Ecclesia», n. 1.333, pp. 389-391.
13. *Audiencia General*, 15-III-1967. «Ecclesia», n. 1.334, p. 465.
14. *Audiencia General*, 5-IV-1967. «Ecclesia», n. 1.337, pp. 589-590.
15. *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana*, 7-IV-1967. «Ecclesia», n. 1.335, pp. 499-503.
16. *Audiencia General*, 19-IV-1967. «Ecclesia», n. 1.344, p. 869. ,
17. *Mensaje a la Asamblea Internacional de Viudas, reunidas en Lourdes*, 24-IV-1967. «Ecclesia», n. 1.344, p. 673.
18. *Audiencia General*, 1-IV-1967. «Ecclesia», n. 1.345, pp. 999 s.
19. *Audiencia General*, 14-VI-1967. «Ecclesia», n. 1.349, p. 1.154.
20. *Audiencia General*, 21-VI-1967. «Ecclesia», n. 1.349, p. 1.149.
21. *Audiencia General*, 28-VI-1967. «Ecclesia», n. 1.349, p. 1.155.
22. *Audiencia General*, 5-VII-1967. «Ecclesia», n. 1.352, p. 1.247.

## VARIOS

23. *Sínodo de Obispos*. Sesiones del 8 y 9 de octubre de 1967. «Ecclesia», n. 1.362, pp. 1.583 ss.
24. M. THURIAN, *El amor y la verdad se encuentran*. Montserrat, 1966, pp. 12 s.
25. A. GÖRRES, *El hombre en nuestro tiempo y su situación de fe*. Cf. *Creer hoy*, FAX, Madrid, 1967, p. 84.
26. A. GÖRRES, *Ib.*, p. 76.

Para el estudio de los diversos temas, relativos a la fe, tratados por Pablo VI entre las fechas del 7 de septiembre de 1966 y el 29 de junio de 1967, puede ser de gran utilidad la recopilación efectuada por J. J. GIMENEZ MEDINA, *Renovemos nuestra fe*, Ed. A. C., Madrid, 1967.